

MARCO ANTONIO. [go, Pues yo bien sé cuando á tu luz me lle-  
Que no puede rendirme el amor ciego.  
CLEOPATRA.  
Aunque verme deseas,  
Soy mucho yo para que tú me veas;  
Ni he de verte, por no darte indignado  
Los méritos de haberte yo mirado.  
MARCO ANTONIO.  
Aunque eso dices, responderte puedo.  
Que no me ves, por no tenerme miedo.  
CLEOPATRA.  
Y tu valor mirarme no procura,  
Porque teme rendirse á mi hermosura.  
MARCO ANTONIO.  
Y aunque mirára de tu luz el fuego...  
CLEOPATRA.  
¿Qué hicieras si me vieras?  
(*Descúbrese, y miranse.*)  
MARCO ANTONIO.  
Morir luégo.  
CLEOPATRA.  
Véte, apártate, jóven, porque al verte  
Estoy viendo la imágen de mi muerte.  
MARCO ANTONIO.  
No te apartes, dulcísima homicida,  
Que en tí miro la imágen de mi vida.  
CLEOPATRA. [te,  
No sé lo que contemplo al contemplar-  
Que me infunde temor para mirarte.  
MARCO ANTONIO.  
No sé qué estrella á mi infelice suerte  
Le ha influido valor para quererte.  
CLEOPATRA.  
¿Qué haré para templarme? [me.  
Quiero inclinarme y no puedo inclinarme.  
MARCO ANTONIO.  
¿Qué contrario es al tuyo mi destino?  
No quisiera inclinarme, y más me in-  
CLEOPATRA. [clino.  
Di, si eres tan galán, Antonio airado,  
¿Por qué hablabas con iras de soldado?  
MARCO ANTONIO.  
Si eras divina, porque amor te crea,  
¿Por qué hablabas con señas de ser  
CLEOPATRA. [fea?  
Hombre, que templas cuantos das eno-  
[jos.  
No turbes las quietudes de mis ojos.  
MARCO ANTONIO. [dos,  
Hiena, que así me obligas con gemi-  
No turbes la atención á mis oídos.  
CLEOPATRA.  
Antonio, véte, tarde me resisto,  
Yo me voy á morir de haberte visto.  
MARCO ANTONIO.  
¿Oh quién de sí se huyera!  
(*Hace que se va.*)  
CLEOPATRA.  
No te vayas, Antonio, aguarda, espera,  
Mas ¿cómo el culto á mi deidad profano?  
MARCO ANTONIO.  
¿Mas yo rendido del amor tirano?  
CLEOPATRA.  
¿Ah soldados! lograd feliz la suerte,  
Prended á Marco Antonio, dadle muer-  
MARCO ANTONIO. [te.  
En la ocasión aprovechad los bríos,  
Dad la muerte á Cleopatra, amigos  
(*Tocan cajas.*) [míos.  
CLEOPATRA.  
Mas tened, no me deis á mi esa herida.

MARCO ANTONIO. [da, Mas no la deis la muerte, que es mi vi-  
; Ay Octaviano amigo,  
Qué igual es tu castigo á mi castigo!  
No he de tener amor.  
CLEOPATRA.  
No soy amante;  
Véte, Antonio.  
MARCO ANTONIO.  
No puedo,  
Que me infundiste valeroso miedo;  
Mas ya obedezco; voime al mar salado  
Vencido, por estar enamorado.  
CLEOPATRA.  
¿Te vas?  
MARCO ANTONIO.  
A Roma vuelvo.  
CLEOPATRA.  
¡Oh pena mía!  
No te vayas, ya es tuya Alejandria;  
Hazte señor de su elevado muro.  
MARCO ANTONIO.  
No es esa la ciudad que yo procuro.  
CLEOPATRA.  
¿Qué reino?  
MARCO ANTONIO.  
El de tus ojos por quien veo.  
CLEOPATRA.  
Tuya es el alma, patria del deseo;  
Mas, ¡oh, pese á mi voz! ¡Pese al Dios  
MARCO ANTONIO. [ciego!  
¿Mas, yo inclinado al amoroso fuego?  
CLEOPATRA. [go,  
Dadle la muerte á Antonio, mi enemi-  
MARCO ANTONIO.  
Estrenad en Cleopatra mi castigo;  
Mas tened, no me deis á mi esa herida.  
CLEOPATRA.  
Mas no le deis la muerte, que es mi vida.  
MARCO ANTONIO.  
Quédate.  
CLEOPATRA.  
Ya me voy.  
MARCO ANTONIO.  
¡Infeliz suerte!  
CLEOPATRA.  
¿No has de volver á verme?  
MARCO ANTONIO.  
No he de verte.  
CLEOPATRA.  
¡Oh cuanto duda amor!  
MARCO ANTONIO.  
¡Cuánto amor yerra!  
LOS DOS.  
Guerra contra el amor, al arma, guerra.  
  
JORNADA SEGUNDA.  
(*Dentro ruido de desembarcar.*)  
OCTAVIANO.  
Ya no manda el timon, y ya la quilla  
Encalló en las arenas de la orilla.  
LÉPIDO.  
Dejad zafar la escolta y chafaldete.  
IRENE.  
Amainad la mesana y el trinquete.  
LÉPIDO.  
Vaya la lancha al pié de aquella sierra.

OCTAVIANO.  
Lépido, Irene y yo, tomemos tierra.  
IRENE.  
Ancora al mar.  
LÉPIDO.  
Sobre la espuma cana  
Se mece la ligera capitana.  
OCTAVIANO.  
Y las demás, qué iguales  
Azotan con los remos los cristales.  
IRENE.  
Favorable nos fué la mar y viento.  
LÉPIDO.  
Avante boga.  
OCTAVIANO.  
Iza á barlovento.  
  
Salen OCTAVIANO, LÉPIDO é IRENE.  
IRENE.  
Salta sobre el peñasco de esa sierra.  
OCTAVIANO.  
Beso mil veces la florida tierra.  
LÉPIDO.  
Beso la madre de los hombres pia.  
IRENE.  
Esta la playa es de Alejandria,  
La que al Mediterráneo tiene á raya.  
OCTAVIANO.  
Mas parece de Chipre aquesta playa.  
IRENE.  
Salva te hacen dulces ruiséñores.  
LÉPIDO.  
Sin duda es esta patria de las flores.  
OCTAVIANO.  
El olfato y la vista á un tiempo estrena  
Fragancia y candidez de la azucena.  
IRENE.  
Alegre está la vista y el olfato.  
OCTAVIANO.  
¿No ves, Irene, al sol arder ingrato?  
IRENE.  
¿Ingrato?  
OCTAVIANO.  
¿No le ves con luz hermosa  
Galanteando la purpúrea rosa,  
Que preside á otras flores peregrinas,  
Y al ver que se defiende con espinas,  
No por ser tan hermosa la pretende,  
Sino porque la ve que se defiende?  
¿Y á Clicie, que en sus rayos habilita,  
Porque ve que le sigue la marchita?  
IRENE. [plo  
Y yo al ver que la deja, en mi contem-  
De Clicie y sol un infelice ejemplo;  
Que si Antonio me deja desdenoso,  
Yo vengo á ser la Clicie de mi esposo.  
OCTAVIANO.  
Lépido, amigo mio, Irene bella: ¡Ila,  
Tú, sol del Asia; tú, de Europa estre-  
Atendedme los dos lo que os advierto:  
Ya os acordais los dos que fué concier-  
De venir á buscar á nuestro amigo, [to  
Siendo nuestra amistad el fiel testigo,  
Dado caso que Antonio no llegase  
Dentro de un año á Europa, ó que no  
[enviase  
Nuevas de su ruina ó vencimiento  
O ya la fama lo contase al viento,  
O ya fiase sus victorias solas  
Neptuno á la inconstancia de las olas.  
LÉPIDO. [do.  
Un año el tiempo fué que la ha aplaza-  
OCTAVIANO.  
Pues ya sabeis que el año se ha pasado,

Sin que para más riesgo ó mayor gloria  
Sepamos su ruina ó su vitoria;  
Y tal vez he pensado [do,  
O que hidrópico el mar se le ha traga-  
O que cruel, Cleopatra, aunque divina,  
Reliquias no dejó de su ruina;  
O será, pues triunfante no le aclama,  
Que su clarín se le quebró á la fama:  
Y como nuestro crédito desmaya,  
Con las naves que surgen en la playa  
Y con la hueste que mi espada anima,  
A discurrir el más remoto clima  
Me conduzgo, hasta hallar de aquesta  
[suerte  
Indicios de su vida ó de su muerte.  
IRENE.  
Esta montaña, agora  
Que le acecha las luces al aurora,  
La cumbre altiva discurrir podemos.  
LÉPIDO.  
La selva, monte y prado registremos.  
OCTAVIANO.  
Mirar pretendo en este monte cano  
Si alguna poblacion descubre el llano.  
IRENE.  
Sólo un arroyo aquella selva baña;  
Desierta se descubre la campaña.  
OCTAVIANO.  
Estampa no se ve de plantas vivas,  
Todas las plantas son vegetativas.  
Tocad al arma, veamos si se altera  
Al marcial aparato un hombre ó fiera.  
LÉPIDO.  
Toca al arma.  
(*Toquen y párense á escuchar.*)  
OCTAVIANO.  
Ya suena el metal hueco,  
Y sólo del clarín es susto el eco.  
IRENE. [do.  
Aves son las que el ruido han extraña-  
LÉPIDO.  
Un hombre, ó el deseo me ha engañado.  
IRENE.  
Vuelto en sí del letargo, huir procura;  
Antes que se penetre en la espesura  
Del prado, le llamemos.  
OCTAVIANO.  
Hombre, aguarda;  
Egipto, ¿qué te turba y acobarda?  
Reducirle no puedo.  
LÉPIDO.  
Mucho es que no tropieces en tu miedo.  
IRENE.  
¿No vias? darle voces es en vano.  
OCTAVIANO.  
El que te llama es César Octaviano.  
IRENE.  
Parece que á tu nombre reducido  
A su temor aconsejó su oído.  
LÉPIDO.  
Ya parece que mueve más veloces  
Las plantas al halago de tus voces.  
OCTAVIANO.  
Llega al favor que esperas de mi mano.  
  
Sale CAIMAN.  
CAIMAN.  
Dame tus plantas, César Octaviano.  
OCTAVIANO.  
¿Caiman?  
CAIMAN.  
¿Lépido, Irene, qué te veo?  
Viendo estoy á los tres, y no lo creo;  
¿Qué se llegó de mi deseo el día?

LÉPIDO.  
¿De dónde vienes, di?  
CAIMAN.  
De Alejandria.  
IRENE.  
¿Llegó Antonio?  
CAIMAN.  
Llegó.  
OCTAVIANO.  
¿Qué ha sucedido?  
CAIMAN. [cido.  
Lo que siempre, Cleopatra le ha ven-  
OCTAVIANO.  
¿Vive Antonio?  
CAIMAN.  
Si vive.  
OCTAVIANO.  
Di si es cierto.  
CAIMAN. [to.  
No te estuviera mal que hubiera muer-  
OCTAVIANO.  
¿Qué dices?  
CAIMAN.  
Lo que digo.  
OCTAVIANO.  
Muera mil veces yo, viva mi amigo.  
IRENE.  
¿Murió Cleopatra?  
CAIMAN.  
Sí.  
OCTAVIANO.  
¿Desdicha fuerte!  
CAIMAN.  
Pero vive Cleopatra con la muerte.  
OCTAVIANO.  
¿Qué gloria, qué contento!  
IRENE.  
¿Oh pena esquiva!  
CAIMAN.  
No te estuviera mal que fuera viva.  
OCTAVIANO.  
Descíframe esta enigma, si eres sabio.  
IRENE.  
No se hielan tus voces en tu labio.  
LÉPIDO.  
Di, ¿cómo aquí has llegado?  
Sácanos á los dos deste cuidado.  
OCTAVIANO.  
Como leal refiere,  
Cómo vive Cleopatra y cómo muere.  
IRENE.  
Refiérenos si es cierto [to.  
Cómo es Antonio vivo y cómo es muer-  
LÉPIDO.  
Ya tu voz esperamos.  
CAIMAN.  
Pues escuchad los tres.  
LÉPIDO, IRENE, OCTAVIANO.  
Ya te escuchamos.  
CAIMAN.  
Ya te acuerdas que contigo  
Vine á Egipto, y ya te acuerdas  
Que me quedé en la batalla  
Como espada ginovesa;  
Ya dije que Marco Antonio  
Llegó á Egipto; pero apenas  
Empañó con nubes de humo  
El sol de Cleopatra bella,  
Apénas vió su luz pura  
Nunca hasta entónces serena,  
Cuando se quedó más blando  
Que corregidor que espera,

Acabado su trienio,  
Que le tomen residencia;  
Quiso, volviéndose á Roma,  
Fiar al viento las velas,  
Y á su constancia fiar  
Aquel apagado Etna  
Que va forjando en el alma  
Minas que tarde revientan;  
Pero el ligado velámen  
Aun no á los vientos entrega,  
Cuando á detenerle sale  
Cleopatra en una galera.  
Arboles de plata fina,  
Las gavias de oro, las cuerdas,  
Trizas, escoltas, volinas,  
De cordones de oro y seda.  
La popa, ébano y marfil,  
Y en igual correspondencia  
Del terso cristal de roca  
Díafanas las vidrieras.  
Iba la chusma adornada  
De mil recamadas telas,  
A quien, aunque tarde, supo  
Perfeccionar la tarea.  
Los soldados desta nave  
Cincuenta Cupidos eran  
Que á corazones de bronce  
Disparaban mil saetas.  
En la cámara de popa  
Suavísimas sirenas  
Cantaban, amor, amor,  
Que esta era su dulce guerra.  
Cleopatra, en un trono de oro,  
Cuyos diamantes pudieran  
Exceder cuantos el sol  
Purifica y alimenta,  
Esperaba á Marco Antonio;  
Pasó Marco Antonio á verla;  
Dijo, que de agradecido,  
Y yo le dije: no creas  
Que hay quien no teniendo amor  
Sepa agradecer finezas.  
Trinaron suaves voces  
Mil amorosas endechas,  
Cuyo compas en las aguas  
Llevaba la palamenta.  
Surgieron de allí distantes  
Presumo que media legua,  
Y en medio del mar estaban  
Fijas diferentes mesas  
Sobre una red, que en las aguas,  
Con tal artificio era  
Tejido metal en lazos,  
De obra tan sutil, que al verla  
Sufrió el peso y no la vista,  
Que estaba esta red dispuesta  
Con fortaleza tan grande  
Y con tanta sutileza,  
Que la dudára la vista  
Si el tacto no la creyera.  
Espléndida la vianda  
Colmó el día una menestra:  
Trujo deshecha en vinagre  
La más rica y grande perla  
Que el exceso encareció;  
El mar, que conchas platea,  
Perlas que engendró la aurora  
Legítimamente netas,  
No produjo perla igual;  
Tanto, que se halló quien crea  
Que valia una ciudad;  
Y esta fué la vez primera  
Que en los méritos quedase  
La comparacion modesta.  
Pez, escondido en las grutas;  
Ave, que el cielo penetra;  
Fiera, que el monte discurrir;  
Fruta, que el árbol franquea;  
Raíz, que la tierra esconde;  
Manjar, que la gula inventa;  
Cristal, que el sol purifica;  
Licor, que en los años medra;

Destos dos dioses del mundo  
Fueron ambrosia y néctar,  
Delicias de los manjares,  
Viendo festiva á su reina,  
(Cómo es en las ocasiones  
El que más se desenfrena)  
Pareciéndoles que ya  
Tiene amor Cleopatra, empiezan,  
Para hacer bien de las suyas,  
A hacer mal de las ajenas.  
La casta anciana, que estuvo  
En su atención recoleta,  
Sabido lo que ha perdido  
No quisiera ser tan vieja.  
La viuda también buscaba  
Un sustituto que lea  
En su cátedra del sexto  
Del propietario la ausencia.  
En disolución tan libre,  
Trocados los frenos vieras  
Las solteras muy casadas,  
Las casadas muy solteras.  
Tan iguales voluntades  
Corrieron en esta era,  
Que á más de cien mil Tarquinos  
No se encontró una Lucrecia;  
La tórtola enamorada,  
La dulce paloma tierna,  
Por ser aves que amar saben,  
Las arrullan y gorjean;  
La azucena y el jazmín,  
Símbolos de la pureza,  
Les daban humo á narices;  
Que sólo del gusto eran  
La hiedra, por ser lasciva,  
Por madre, la madre selva;  
Y si era ley en Egipto  
Que en fuego material muera  
La mujer que tenga amor,  
Cleopatra, menos atenta,  
Otra ley ha promulgado  
Para derogar aquella,  
Y es que saquen á quemar  
A la mujer que no quiera;  
Venus y Baco, dos dioses  
De costumbres no muy buenas,  
Baco hizo dar traspiés,  
En fin, Antonio y Cleopatra  
En Alejandria entran  
Ya del pueblo murmurados,  
Que es quien antes los celebra;  
Oh plebe, la dije entonces,  
¿Quién puede ser que te entienda?  
¿Quéjaste si el Rey es bueno,  
Y si no es bueno te quejas;  
Mañana otra vez querrás  
Gozarte en delicias nuevas,  
Pues ni la virtud te agrada  
Ni del vicio te contentas;  
A Marco Antonio Cleopatra  
Miraba muy fina y tierna,  
Y no con buena intención,  
Que cuando una mujer llega  
A repasar á un galán  
El talle, los piés y piernas,  
De tener mucha atención  
Anda un poco desatenta;  
Mirábala Antonio, como  
El que conocer desea  
A alguna persona y no  
Acaba de conocerla;  
Llegaron á su palacio,  
Y para que desta guerra  
Durase la paz deseada,  
Solos los dos, sin que hubiera  
Quien mediase en estas paces,  
Entraron á sentar treguas;  
Los dos, dicen, que allá dentro  
Tuvieron mil diferencias  
Sobre el modo de la paz,  
Porque duró esta contienda

Más de un mes, en que los dos  
No salieron de una pieza,  
Hasta dejar de una vez  
Hechas las paces y treguas;  
Pues mirad si Antonio es muerto,  
Pues murió á la confidencia  
De tu amistad, y mirad  
Si también Cleopatra es muerta  
Del amor...  
OCTAVIANO.  
Detén el labio,  
Miente tu atrevida lengua:  
Antonio es mi fiel amigo;  
Yo adoro á Cleopatra bella;  
Para mi conquista Antonio  
Esta inexpugnable fuerza,  
Que con firmes desengaños  
Se fortalece y pertrecha.  
CAIMAN.  
Él no sabe que la adoras.  
OCTAVIANO.  
Sabe el cielo, viento y tierra  
Que respira el alma mía  
Por los alientos de aquella.  
CAIMAN.  
Pues Antonio fué traidor.  
OCTAVIANO.  
Es mi amigo.  
LÉPIDO.  
No lo creas,  
Porque en llegando al amor  
No hay amigo que lo sea.  
CAIMAN.  
¿Quieres ver el desengaño?  
A tu hermana, que fué prenda  
Y premio de tu amistad,  
Repudiar quiere y intenta  
Darle la mano á Cleopatra.  
IRENE.  
Cierra el labio, infame, cierra,  
Que de tu boca atrevida  
Sabré arrancarte la lengua.  
¿A mí despreciarme Antonio?  
¿Cómo puede ser que sea  
Sacrificio de la sombra  
Quien fué de la luz ofrenda?  
Antonio me quiere á mi.  
CAIMAN.  
Bien puede ser que te quiera,  
Pero más quiere á Cleopatra.  
IRENE.  
Mientes.  
CAIMAN.  
Y porque agradezcas  
Mi lealtad...  
IRENE.  
Habla, ¿qué aguardas?  
CAIMAN.  
Un mes há que en esta selva  
Estoy escondido, sólo  
Porque dije en su presencia  
Que ¿por qué hacia contigo  
Una ingratitud tan fea...  
IRENE.  
¿Te quiso dar muerte?  
CAIMAN.  
Sí.  
IRENE.  
Y dime, ¿sabe la Reina  
Que es Marco Antonio mi esposo?  
CAIMAN.  
No lo sabe.  
IRENE.  
Pues no creas  
Que ella le quiere.  
CAIMAN.  
Señora,

Si le querrá; porque, él y ella,  
Él está por ella ciego,  
Y ella por él está tuerta.  
Ya estaba para decirle...  
OCTAVIANO.  
Calla, cobarde, la lengua.  
CAIMAN.  
Pues yo me voy, déjame  
Volver á buscarle.  
OCTAVIANO.  
Espera;  
¿Y adónde está Marco Antonio?  
CAIMAN.  
Estará de aquí dos leguas,  
En una quinta, á quien baten  
Del mar las olas soberbias.  
OCTAVIANO.  
¿Sabrás guiarnos?  
CAIMAN.  
Sí sé.  
OCTAVIANO.  
Pues por las puras estrellas  
Que errantemente volando  
Son celestiales cornejas,  
Pues siendo del sol su luz  
Dan luz con la luz ajena...  
IRENE.  
Por esa antorcha segunda,  
Que ya pálida ó serena,  
Oscurece siempre viva,  
Está ardiendo siempre muerta,  
Que he de dar sangrienta muerte...  
OCTAVIANO.  
Que he de dar la muerte fiera  
Al ingrato amigo...  
IRENE.  
Al falso  
Burlador de mi belleza.  
OCTAVIANO.  
Fálteme la luz del día.  
IRENE.  
El centro no me consienta.  
OCTAVIANO.  
Los cuchillos de hambre y sed  
No me maten y me hieran.  
IRENE.  
Sol y luna me amenacen.  
OCTAVIANO.  
No me alumbren las estrellas  
Hasta que en su roja sangre...  
IRENE.  
Hasta que hidrópica beba...  
OCTAVIANO.  
Apaguen su sed mis iras.  
IRENE.  
El rojo humor de sus venas.  
OCTAVIANO.  
Muera Antonio.  
IRENE.  
Muera Antonio.  
LÉPIDO.  
Supuesto que es una misma  
Causa la que de los dos,  
Tú puedes marchar por tierra  
Y yo por el mar ahora  
Sitiaré la quinta.  
OCTAVIANO.  
Ea,  
Lépidó, mi sólo amigo,  
A embarcar.  
LÉPIDO.  
Desde hoy empiezan  
A vengarse mis desdenes.

Toca á marchar.  
LÉPIDO.  
Toca á leva;  
Muerto Antonio, será mía  
Irene, aunque amor no quiera. (Vase.)  
OCTAVIANO.  
Vé delante.  
CAIMAN.  
Ya yo voy,  
Seguidme. (Vase.)  
OCTAVIANO.  
Irene, ¿qué esperas?  
IRENE.  
Seguiré tus pasos.  
OCTAVIANO.  
Ven.  
IRENE.  
Tu mismo enojo me alienta.  
OCTAVIANO.  
Muera ese traidor amigo  
Que á los dos ofende.  
IRENE.  
Muera.  
OCTAVIANO.  
Celos y agravios me irritan.  
IRENE.  
Venganza y celos me llevan.  
OCTAVIANO.  
Ninguno fie en amigo.  
IRENE.  
Ninguno en amantes crea.  
Salen por una puerta LELIO y CLEOPATRA; por otra puerta MARCO ANTONIO y OCTAVIANO, capitan.  
CLEOPATRA.  
Dejadme, Lelio.  
LELIO.  
Señora,  
Mire vuestra majestad...  
MARCO ANTONIO.  
Dejadme, Octavio.  
OCTAVIANO.  
Mirad...  
LELIO.  
No os dejéis llevar ahora  
De una amorosa pasión.  
CLEOPATRA.  
Ya os digo que me dejéis.  
MARCO ANTONIO.  
Idos.  
OCTAVIANO.  
A Octaviano haceis  
Una ofensa, una traición.  
LELIO.  
Que han de quitaros, pensad,  
El reino.  
CLEOPATRA.  
Eso solicito;  
Nunca reine yo en Egipto  
Y reine en mi voluntad.  
Esta es mi resolución.  
OCTAVIANO.  
Tú, brazo de Febo y Marte,  
¿Del amor dejas llevarte?  
MARCO ANTONIO.  
Dices bien, tienes razón.  
LELIO.  
Tú, que investaste el desden,  
¿Sujeta al amor tirano?

OCTAVIANO.  
¿Tú enemigo de Octaviano?  
CLEOPATRA.  
Bien me dices.  
MARCO ANTONIO.  
Dices bien.  
LELIO.  
El reino es más poderoso.  
OCTAVIANO.  
Mira que Irene podría...  
MARCO ANTONIO.  
No será Cleopatra mía.  
CLEOPATRA.  
No será Antonio mi esposo.  
OCTAVIANO.  
Que han de dar la muerte, advierte,  
A Cleopatra tus soldados.  
LELIO.  
Tus soldados conjurados  
A Antonio quieren dar muerte.  
CLEOPATRA.  
¿Como á tu advertencia tarde...  
MARCO ANTONIO.  
Tomar tu consejo quiero.  
CLEOPATRA.  
Vete, Lelio.  
LELIO.  
Aquí te espero. (Vase.)  
MARCO ANTONIO.  
Vete, Octavio.  
OCTAVIANO.  
Aquí te aguardo. (Vase.)  
MARCO ANTONIO. (Ap.)  
Temple el valor este fuego.  
CLEOPATRA. (Ap.)  
Hoy este volcán reprimo.  
MARCO ANTONIO. (Ap.)  
Esto ha de ser, yo me animo.  
CLEOPATRA.  
(Ap. Si esto ha de ser, yo me llevo.)  
Marco Antonio, honor de Europa,  
Infeliz dueño mio,  
Espejo en quien se alijaron  
Mis potencias y sentidos;  
Ya sabes que desde el día  
Que te vi, quedó rendido  
Mi valor tanto á tu fama,  
Tanto á tu amor mi retiro,  
Mi desden tanto á tu queja,  
Tanto á tu fe mi albedrío,  
Que en quererte y no quererte,  
Ya abrasados ó ya tibios  
Los hizo estar más amantes  
El mismo estar más remisos.  
Y en un jardín una noche  
Que con sueño cristalino,  
Para murmurarnos luego  
Se hizo un arroyo dormido,  
Obligándome con ansias,  
Quejándote con caríños,  
Atreviéndote con miedos,  
Llegándote con desvios;  
Al verme á mi con desdenes  
Usados y no sentidos,  
Anduviste tan cortés  
Que no pareciste fino;  
Y aunque respeto es amor,  
Dije acá para conmigo:  
El amor que está muy ciego  
No es amor, que está muy vivo;  
Desde entonces, desde entonces,  
Mi memoria es mi enemigo,  
No sé qué veneno al alma  
Se me entró de haberte oído;

Que quejas á media voz  
Son los mayores hechizos,  
Pues mis ojos, que son tuyos,  
Envidiosos de haber visto  
Que no entrase amor por ellos  
Y entrase por los oídos,  
Con el oído trocaron  
Un sentido á otro sentido,  
Tanto, que oigo por los ojos  
Y miro por los oídos.  
Tú dijiste que me amabas;  
Yo te adoro, ya lo digo;  
Y aunque hago mucho en quererte,  
Vengo á hacer más en decirlo.  
Ya, pues, cuando nuestro amor,  
Con estar muy ciego, quiso  
Que enmiende ciego himeneo  
Lo que erró sabio Cupido;  
Contra mí el reino conspira,  
Que es ley antigua en Egipto  
Que no puedan los romanos  
Casarse con los egipcios.  
Y como violar no puedo  
Los estatutos antiguos,  
Y á tu vida, que es la mía,  
Amenazan dos peligros,  
De perderte y de perderme,  
Una muerte y dos martirios;  
Vengo á rogarte, Señor,  
Con el llanto cristalino  
Que á mis temores congelo  
Y á tus ardores derrito,  
Que te vuelvas á tu reino,  
Que así por mi vida miro,  
Pues no puedo yo morir  
Sabiendo que tú estás vivo.  
¡Oh, mal haya el cazador  
Que en el recatado nido  
Las tórtolas espantó  
Que amor unió pico á pico!  
¡Mal haya el que astuto sabe  
Para que fallezca limpio,  
Poner en la verde gruta  
Lazos de arena al armiño!  
Huye, Señor, huye Antonio,  
Fía á los vientos el lino,  
Que si te faltaren ellos,  
Yo te enviaré mis suspiros.  
Darte la muerte pretenden  
Mis vasallos ofendidos;  
Yo te pierdo, yo te adoro.  
MARCO ANTONIO.  
Señora...  
CLEOPATRA.  
Ten el cuchillo  
De tu voz, no me atraviesen  
Tus pasiones los sentidos,  
Que la venda de los ojos  
Me la pasará el oído.  
MARCO ANTONIO.  
¿Ay rosa, que brotó el Mayo  
Entre sangrientos espinos,  
Que ha enfermado de la noche  
Y no sanó del rocío!  
¿Pluguiera á tus dulces ojos,  
Dioses que idolatro míos,  
A cuyas aras rendí  
Deseos por sacrificios,  
Que ese fuese sólo el mal  
Que yo siento!  
CLEOPATRA.  
¿Más activo  
Dolor que haber de perderme,  
Si quererte determino?  
MARCO ANTONIO.  
Ese mal tiene el remedio  
Dentro del mismo peligro.  
Si tienes para vasallos  
A mi amor y á mi albedrío,  
Sustituye la corona

De Alejandria y Egipto,  
A la de Roma, que yo  
Pusiera á tus piés invictos,  
Si á no haber un grande riesgo,  
Huyendo á Roma conmigo  
Pudieras...

CLEOPATRA.  
¿ Mayor dolor,  
Más vivos tiene los filos  
Este cuchillo que dices?  
Responde, Antonio.

MARCO ANTONIO.  
Más vivos...

CLEOPATRA.  
Acaba, refiere el riesgo,  
¿ En qué te suspendes?

MARCO ANTONIO.  
Digo,

Que Octaviano, ¿ quién pudiera  
Decirtelo sin decirlo,  
Te quiere, y que yo te adoro,  
Que es mi amigo y yo su amigo,  
Que me ha fiado su amor,  
Que á Alejandria ha venido  
A conquistar tu belleza;  
Y yo el conquistado he sido;  
Que será traicion quererte,  
Que no quererte es delito,  
Que Irene, su hermana, es  
Mi esposa, que si prosigo  
En solicitar tus ojos,  
Por cuyas luces respiro,  
Mis propios soldados son  
Mis mayores enemigos;  
Si llevarte quiero á Roma  
Mi ruina solicito,  
Pues vengo á ser, si lo miras,  
Con los dos á un tiempo mismo,  
Con Irene, falso amante,  
Y con él, traidor amigo;  
Irme á los brazos de Irene  
Es morir en fuego tibio;  
Ir de Octaviano á la queja  
Es confesar mi delito;  
A mí tus vasallos quieren  
Darne la muerte ofendidos,  
Irritados solicitan  
Darte la muerte los míos;  
Seguir tu amor es delito;  
No quererte es inconstancia,  
Irme sin tí es darne muerte,  
Muerte es quedarme contigo.  
Pues qué he de hacer me aconseja  
En extremos tan precisos,  
Pues quedándome te pierdo,  
Y yéndome te he perdido.

CLEOPATRA.  
Traidor, infame, villano,  
Romano, crüel, indigno  
De adorar estos dos soles  
Que á tus ojos les permito,  
De quien son devotamente  
Tantos corazones indios;  
Dime, ¿ si desta hermosura  
Eres dueño tan preciso,  
Cómo atreviste tus lazos  
Para que no fuesen míos?  
¿ Cómo, ingrato, cómo pagas  
Cuando esta pasion te lio,  
Con unos celos villanos  
Un amor tan bien nacido?  
Vivo yo, deidad humana,  
Diosa de los albedrios,  
Que pues celos me ocasionas  
Cuando mi amor significo,  
Que del puñal de los celos  
Has de estrenarte en los filos.  
¿ Tú no dices que no puedes,  
No sé cómo lo repito,  
Dejar de querer á Irene?  
Pues hoy de Octaviano admito

El amor para premiarle,  
Que pues tú mismo me has dicho  
Que falso adoras á Irene,  
Y que él me idolatra fino,  
Con dar á Octaviano el premio  
Te he de dar á tí el castigo.

MARCO ANTONIO.  
¿ Decirte que la aborrezco  
Es para tu amor delito?

CLEOPATRA.  
Decirme que eres su esposo,  
Es decir que la has querido.

MARCO ANTONIO.  
Y decir que á tí te adoro,  
¿ No es decir que á Irene olvido?

CLEOPATRA.  
No me quieras; porque soy  
Tan vana, que no permito  
Que sea mi fino amante  
El que no puede ser mio;  
Que aunque yo amante le adore  
Y él me adore más activo,  
Si de mis celos me abraso  
De mi vanidad me entubio.

MARCO ANTONIO.  
Yo quise á Irene, mas fué  
Antes que te hubiese visto;  
Vi tu hermosura, y quedé  
A tu hermosura rendido.  
No se estimará á la luz  
A no haber sombra; el sol mismo  
A no venir tras la noche  
No fuera tan peregrino.  
¿ Cómo estimará la rosa  
Quien no se estrenó en el lirio?  
¿ Cómo ha de extrañar el mar  
Quien no vió correr al río?  
A no haber Diciembre helado,  
¿ Qué fuera el Abril florido?  
Todos los opuestos lucen  
De los opuestos al viso,  
La virtud virtud no fuera  
A no ser contrario el vicio.  
Luego á tí te está mejor,  
Que á otra sepa haber querido,  
Para que de aquella noche  
Seas el sol, seas del lirio  
Clavel, de la sombra luz,  
Abril del Diciembre frio,  
Mar de aquel río, y, en fin,  
Seais las dos, cuando os miro,  
Ella invierno, lirio y sombra:  
Tú sol, mar, clavel y estío.

CLEOPATRA.  
Pues si has hallado la luz,  
Repudia la sombra.

MARCO ANTONIO.  
Digo,  
Que repudio la que llamas  
Mi dueño, y á tí te admito.

CLEOPATRA.  
Pues ya aborrezco á Octaviano.

MARCO ANTONIO.  
Yo no tengo más amigo  
Que á mi dama. Di, ¿ qué harémos?

CLEOPATRA.  
Que huyendo los dos de Egipto,  
Por las provincias del Asia  
Apelemos al asilo  
De los montes, y á que en ellos  
Nos den las grutas abrigo.  
¿ Qué reino como gozarte?

MARCO ANTONIO.  
Tu vasallo es mi albedrió;  
Huyamos, Cleopatra,

CLEOPATRA.  
Huyamos,  
Pues en lecho cristalino

Descansa el sol del afan  
Con que visitó á los signos;  
Y pues de esa hermosa quinta  
A este prado hemos salido  
A quien le dispara el mar  
Trabucos de plumas rizos,  
Sobre las inquietas olas  
De los vientos al arbitrio  
Visitemos las provincias  
Que el rumbo ha desconocido.

MARCO ANTONIO.  
Pues para que mis soldados  
No te den muerte, es preciso  
Que vaya á avisar á Octavio  
Un capitán fidedigno  
A quien fié este secreto;  
Aquí has de esperarme.

CLEOPATRA.  
Hoy sigo  
Por el norte de tu amor  
De tu verdad el camino.  
¿ Serás mi esposo?

MARCO ANTONIO.  
Si soy;

CLEOPATRA.  
¿ Me quieres?  
Tanto, bien mio,  
Desde ahora que en cierta parte  
Me he holgado de haber tenido  
Celos, que con solo amor,  
Tanto mi amor se ha encendido,  
Que como quererte más  
Era solo mi destino,  
Les agradezco á mis celos  
Todo esto que más te estimo

MARCO ANTONIO.  
Y yo, Cleopatra, me huelgo  
De haberte tambien oído  
Que á Octaviano has de querer  
Si te ofendo, que si píos  
Los luceros me influyeren  
Que te olviden mis designios,  
De miedo de que le quieras  
Te querré siempre conmigo.

CLEOPATRA.  
Pues aquí te espero, esposo,  
Vete; y de paso te digo,  
Que á mujer que quieras bien  
No digas inadvertido  
Que hay otro que la pretende,  
Que amor es todo delirios,  
Y no hay mujer tan constante  
(Yo que lo soy te lo aviso),  
Que le pese que la quieran,  
Que hay unos celos creídos,  
Y por venganza ó por tema  
Habrá mujer de capricho  
Que premiará al que la quiere  
Por triunfar del que ha querido.

MARCO ANTONIO.  
¿ No hay riesgos en tu constancia?

CLEOPATRA.  
Mi fe y mi amor son testigos.

MARCO ANTONIO.  
A solo tu premio anhelo.

CLEOPATRA.  
Solo á tu consejo aspiro.

MARCO ANTONIO.  
Voy al mar.

CLEOPATRA.  
Aquí te aguardo,

MARCO ANTONIO.  
Vé sin ruido.

CLEOPATRA.  
Ansí te sirvo.

MARCO ANTONIO.  
Sin tí no quiero la vida.

MARCO ANTONIO.  
Venga la muerte contigo.

(Vase.)

CLEOPATRA.  
En tanto que Marco Antonio  
Vuelve, en el frondoso sitio  
Que encubren aquellos sauces  
De aquel arroyo narcisos,  
Quiero ocultarme, yo llevo,  
Pero aquí siento ruido,  
A estotra parte podré  
Ocultarme, si benignos  
Me permitieren los cielos  
Lograr los intentos míos.

Salen OCTAVIANO, IRENE  
Y CAIMAN.

CAIMAN.  
Llega paso y pisa quedo.

OCTAVIANO.  
Ya piso con tal primor  
Que los pasos de el valor  
Parece que los da el miedo.

CAIMAN.  
La quinta es esta que os digo,  
Y aquesta donde idolatra  
A tu enemiga Cleopatra  
Marco Antonio, tu enemigo;  
Esta es su campaña amena,  
Y este es un monte eminente  
A quien el mar obediente  
Besa las plantas de arena.

(Pisando quedo.)

IRENE.  
Bien mi industria se previene;  
Vengaréme de un villano.

CAIMAN.  
Llega, César Octaviano,  
Llega, bellissima Irene.

CLEOPATRA.  
¿ Hay más feliz estrella!  
¿ Más sospechas en que pene!  
Aquella voz dijo Irene,  
Octaviano dijo aquella.  
¿ Cómo aquí, divinos cielos,  
Mis contrarios han venido?  
Luego dejará el oído  
De encontrarse con los celos.

OCTAVIANO.  
Dime, Caiman, ¿ no fué aquí  
Donde osada y valerosa  
Me dió la batalla?

CAIMAN.  
Si.

OCTAVIANO.  
¿ Cielos, mis celos vengad!

IRENE.  
Pues la luna se escondió,  
Di, ¿ por dónde podré yo  
Embistir á la ciudad?  
Que el vencimiento seguro  
Mis crueldades amenazan.

OCTAVIANO.  
¿ No ves que el aire embarazan  
Las presunciones del muro?

CAIMAN.  
Por estas sendas mayores  
Guie tu enojo á tus piés;  
Porque en el prado que ves  
Hay más áspides que flores.

MARCO ANTONIO.  
Lleva atentos los recelos.

IRENE.  
Más áspides son mis celos  
Y no me han dado la muerte.

OCTAVIANO.  
Várias voces ha escuchado  
Mi cuidadosa atencion;

R.

¿ Qué luces distantes son  
Las que se ven en el prado?

(Luces dentro.)  
CAIMAN.  
En día tan singular  
Tan comun es la alegría,  
Que anda suelta Alejandria  
Y no hay quien la pueda atar.  
A cuanto se ve de aquí  
Todo tu cuidado atienda;  
Allí hay música y merienda,  
Baile allí, juegos allí.  
No hay quietud que no retoce,  
Aquél de ochenta, se pierde  
Por salir á darse un verde  
Con la muchacha de doce.  
Mira aquella vieja lince  
Que con rostro arrebolado  
Sale á darse un colorado  
Con el muchacho de quince.  
Ella hacer trampas intenta,  
Que ha de enganarle recelo;  
¿ Oiga, el diablo del mozueto,  
Que bien juega á las setenta!  
Aquella dama avestruz  
Tres digiere y á uno ama;  
¿ Oh, cuál será aquella dama,  
Pues aquel mata la luz!  
¿ Qué pocos galanes nones  
Olvida el amor crüel!  
¿ Qué mala razon da aquel  
De haber hecho mil razones!

OCTAVIANO.  
Entre estos frondosos ramos,  
Partos de la ruda arena,  
Una voz pienso que suena;  
Oigamos, Irene.

OCTAVIANO.  
Entre estos frondosos ramos,  
Partos de la ruda arena,  
Una voz pienso que suena;  
Oigamos, Irene.

CANTAN. (Dentro.)  
Oigamos.

La Venus de Alejandria  
Y el romano más dichoso,  
Bebándose están amantes  
Las dos almas por los ojos.  
De Octaviano, que es su amigo,  
Faltó á la fe y al decoro,  
Que en estando el amor ciego  
No ve al amistad tampoco.

OCTAVIANO.  
Por eso indignado y fiero,  
Como es tanta mi pasion,  
Para esa ciega traicion  
Traigo yo lince el acero.

CANTAN. (Dentro.)  
Repudió á Irene, su esposa,  
En sus brazos amorosos:  
Ya es Antonio de Cleopatra,  
Y ya es Cleopatra de Antonio.

IRENE.  
Pues vengarme dél espero;  
Antonio aleve y tirano,  
Que si me faltó tu mano,  
No me faltará mi acero.

CLEOPATRA.  
¿ Oh voz, corrige el error  
Con que irritas mis desvelos!  
Si no sabes de mis celos,  
¿ Por qué me cantas mi amor?

OCTAVIANO.  
Voz, no penetres veloz  
El uno y otro sentido.

IRENE.  
¿ Que se criase el oído  
Para sufrir esta voz!

OCTAVIANO.  
Lépido parece ya  
Que á las naves embistió.

IRENE.  
¿ Iré al muro?  
OCTAVIANO.  
Irene, no.  
(Fuego dentro.)

IRENE.  
Ardiendo la mar está  
En llamas accidentales;  
Un volcan la playa es.

OCTAVIANO.  
Pues embistamos los tres,  
Ciudad, quinta y mar iguales.

CAIMAN.  
Ya es tiempo de huir.

IRENE.  
Tirano,  
Cobrar la venganza juro.

OCTAVIANO.  
Irene, acomete al muro.

IRENE.  
A abrasar la quinta, hermano.

OCTAVIANO.  
Pues con tus soldados parte;  
Ea, Irene, ve á embestir.

CAIMAN.  
Ea, gran Caiman, á huir.

IRENE.  
Ea, Octaviano, á vengarte.

(Vanse los tres.)  
CLEOPATRA.

Ejército numeroso  
Ocupa la tierra y mar,  
¿ Adónde podré encontrar  
A Marco Antonio, mi esposo?  
Arde el mar en humo ciego;  
(Fuego dentro.)

¿ Esposo? ¿ Antonio? ¿ Señor?  
Mariposa es el amor  
Que va á morir en el fuego.  
Aquí con nueva crueldad  
Mayor incendio te aviva.

OCTAVIANO. (Dentro.)  
No quede persona viva,  
Toda la quinta abrasad.

CLEOPATRA.  
Allí Octaviano tambien  
Feliz vence y riguroso;  
No fueras tú tan dichoso  
Si yo te quisiera bien.

IRENE. (Dentro.)  
Dar la venganza á los cielos  
De mi traicion seguro.

CLEOPATRA.  
Irene abrasa allí el muro,  
Fácil es, que lleva celos;  
Murió Antonio, que la herida  
Desta mi pasion advierte  
Que está cercana su muerte  
Pues que se acaba mi vida.

Ruego á los cielos, pues ya  
No hay más riesgo en que pene,  
Que sea quien te hallare Irene,  
Que ella no te matará.  
Otra vez quiero intentar  
Mover al viento veloz;  
Mas que no tengo ya voz  
Para poderle llamar.

¿ Antonio? el hallarle ha sido (Recio.)  
En vano, no me oirá,  
A la distancia que habrá  
Desde mi voz á su oído.

Todo en torno mio calla.  
¿ Antonio? ¿ Esposo? ¿ Señor? (Recio.)

Sale MARCO ANTONIO con la espada desnuda.

MARCO ANTONIO.
¡Que pueda tanto mi amor
Que dejase la batalla!

¿Cleopatra?
CLEOPATRA.
¿Antonio?

(A la par estas dos voces, con que no se oye ninguno.)
Yo he oído
Mi nombre al viento veloz;

MARCO ANTONIO.
Adonde mis voces van
Otras se impiden veloces.

CLEOPATRA.
Otra vez pruebo las voces.
(A la par.)

MARCO ANTONIO.
¿Cleopatra?
CLEOPATRA.
¿Antonio?

Salen LELIO y OCTAVIO, capitán, con dos hachas.
LOS DOS.
Aquí están.

¿Esposo?
MARCOS ANTONIO.
Norte á quien sigo...

¿Lelio?
MARCOS ANTONIO.
¿Octavio?

OCTAVIO.
¿Cómo aquí?
CLEOPATRA.

¿Vienes á buscarme?
LELIO.
Sí.

OCTAVIO.
Ven conmigo.
LELIO.
Ven conmigo.

¿Qué riesgo!
MARCOS ANTONIO.
¿Qué pena igual!

CLEOPATRA.
Al que he sentido...
MARCOS ANTONIO.
Al que lloro...

CLEOPATRA.
Al que he dudado...
MARCOS ANTONIO.
Al que ignoro...

OCTAVIO.
Mayor daño...

LELIO.
Mayor mal...
MARCOS ANTONIO.
Si espera la nave allí,
Seré amante el más dichoso.

CLEOPATRA.
Si puedo huir con mi esposo,
No hay desdicha para mí.

OCTAVIO.
De Lépido á la crueldad
La nave vino á abrasarse.

(El uno habla con Cleopatra, y el otro con Marco Antonio.)
LELIO.
La ciudad quiere entregarse

Si no entras en la ciudad;
Mira que están conjurados...
OCTAVIO.
Haz que tu valor se aliente.

MARCOS ANTONIO.
Vamos á ayudar tu gente.
CLEOPATRA.
Ven á ayudar tus soldados.

LELIO.
Advierte, Señor...
OCTAVIO.
Advierte...

LELIO.
Que si tu amor la idolatra...
OCTAVIO.
Que han de dar muerte á Cleopatra.

LELIO.
Que han de dar á Antonio muerte.
CLEOPATRA.
Donde tú fueres, es bien

Que yo muera valerosa.
MARCOS ANTONIO.
Adonde fuere mi esposa

Tengo de morir también.
LELIO.
Sane agora tu valor

Esta penetrante herida.
OCTAVIO.
No hacer caso de la vida

Es no estimar el amor.
LELIO.
Diez mil hombres tu ira tiene.

OCTAVIO.
Dos mil soldados te esperan.
MARCOS ANTONIO.
Lépido y Irene mueran.

CLEOPATRA.
Muera Octaviano y Irene.
MARCOS ANTONIO.
No quiero, esposa, pues arde

En mí esta ira prudente,
Si me has querido valiente,
Que me aborrezcas cobarde.

CLEOPATRA.
Ni yo he de querer ahora,
Puesto que importa mi vida,
Que me aborrezcas vencida.

Pues me amaste vencedora.
OCTAVIO.
Pues de tu triunfo blasona.

MARCOS ANTONIO.
Ea, valiente deidad.
CLEOPATRA.
Pues ea, Antonio valiente,
Ve á socorrer á tu gente.

MARCOS ANTONIO.
Ve á socorrer tu ciudad.
CLEOPATRA.
Pues voime, si esto ha de ser.

MARCOS ANTONIO.
Digo, que voy temeroso.
CLEOPATRA.
Habla, ¿qué temes, esposo?

MARCOS ANTONIO.
Temo que no te he de ver,
Que somos tan desdichados...

CLEOPATRA.
Mi constancia te aseguro.
LELIO.
Mirad que se rinde el muro.

OCTAVIO.
Mira que huyen tus soldados.
MARCOS ANTONIO.
Valor este acero tiene.

CLEOPATRA.
Ya sabe vencer mi mano.
MARCOS ANTONIO.
Mira no te halle Octaviano.

CLEOPATRA.
Mira no encuentres á Irene.
OCTAVIO.
Octaviano allí se advierte.

LELIO.
Irene allí va á embestir.
MARCOS ANTONIO.
Pues á matar ó morir.

CLEOPATRA.
A matar ó á darme muerte.
MARCOS ANTONIO.
¿Amor, hazme venturoso!

CLEOPATRA.
¿Celos, hazme dichosa!
MARCOS ANTONIO.
El cielo te guarde, esposa.

CLEOPATRA.
El cielo te guarde, esposo.

JORNADA TERCERA.

(Al ruido de guerra tocan al arma, y dicen dentro.)

LIBIA.
Muera César Octaviano.
IRENE.
La reina Cleopatra muera.

CLEOPATRA.
Dad la muerte á Irene fiera.
MARCOS ANTONIO.
Muera Lépido, el romano.

OCTAVIANO.
Hoy probará mi castigo.
IRENE.
Monte y prado y ciudad arda.

OCTAVIANO.
No huyas, soldado, aguarda.

CAIMAN.
No puedo yo más conmigo.
IRENE.
Vuelve á la batalla pues.
OCTAVIANO.
Si no quieres embestir,
Haz fuerza para no huir.

CAIMAN.
Señor, se me van los piés.
OCTAVIANO.
Lépido va derrotado.

Sale CAIMAN.

CAIMAN.
A socorrerle me arrojo;
En no siendo un hombre cojo,
Muy bien puede ser soldado;

El monte mi abrigo es,
Un ave soy por mi mal
Que nadie la ha visto tal,
Que soy gallina montés;

Callando aquí como un monje
La lid sangrienta veré,
No hay mayor contento que
Ver una batalla á longe;

Del que embiste y se retira
Aquí daré testimonio;
Lindo tahir es Antonio,
Con todo el mundo se tira;

Octaviano, airado y ciego,
Tira, aunque mas la idolatra,
A la gente de Cleopatra
Cuchillada de manchego;

Que huye tambien como yo;
El caballo tropezó;
Matóse.

Sale CLEOPATRA, tropezando con arco y flechas.
CLEOPATRA.
¡Válgame el cielo!

CAIMAN.
Levanta, Reina, si quieres
Librarte.

CLEOPATRA.
¿Quién eres, di?
CAIMAN.

Un hombre que estaba aquí
Esperando á que cayeras.
CLEOPATRA.
Dí en la arena: más dichosa

No ha podido ser mi suerte.
CAIMAN.
Por poco das con la muerte.

CLEOPATRA.
No soy yo tan venturosa;
Dejadme, cielos, que pene
Con sentimiento inhumano,
No que me venza Octaviano,

Sino que me venza Irene;
Mas si Antonio con rigor
Aborrece tu beldad,
Triunfa tú de mi ciudad

Y triunfe yo de su amor.
¿Hombre?
CAIMAN.
Caiman soy.

CLEOPATRA.
¿Tú eres?
¿Dónde está Antonio?

CAIMAN.
En el mar,
Y á tu lado me has de hallar
Para huir donde quisieros.

CLEOPATRA.
Di si ha vencido, si sabes
Dar á mi mal un remedio.
CAIMAN.
A Lépido abrió por medio

Una docena de naves.
CLEOPATRA.
De sangre el campo se baña.
CAIMAN.
Mis enemigos mayores

Hoy se han vuelto corredores,
No de louja, de campaña.
CLEOPATRA.
Ya parece que triunfante
Le está el prado obedeciendo.

CAIMAN.
Si no es los que van huyendo,
Nadie se pone delante.

CAIMAN.
Las escuadras de Octaviano
Le acometen una á una.

CLEOPATRA.
Pues yo le voy á ayudar
Que así mi vida remedio.

CAIMAN.
Irene se ha puesto en medio
Y ya no puedes pasar.

CLEOPATRA.
Yo voy.
CAIMAN.
Detente, Señora,

Que es ya tu muerte precisa,
Y no es la vida camisa
Que se muda cada hora.

CLEOPATRA.
¿Oh fortuna, cómo irritas
Con lo que obligado estás!

Si has de quitar lo que das,
¿Para qué das lo que quitas?
Mi deseo, dulce esposo,

Es quien malogra tu suerte,
¿Quién pudiera aborrecerte
Para hacerte venturoso!

La fortuna se ha trocado,
¿Oh cielos, siempre enemigos!

MARCOS ANTONIO. (Dentro.)
No huyais, soldados amigos.
CAIMAN.

Si huyais, amigos soldados;
Alguna flecha veloz
Mira no te encuentre acaso.

IRENE. (Dentro.)
Atajad á Antonio el paso.
CLEOPATRA.

¿Qué flecha como esta voz?
CAIMAN.
Entrarme en la lid prevengo,

Si antes corrí como galgo,
Y ahora que ha escampado salgo,
Que yo con quien vengo vengo.

¡Viva Irene y Octaviano!

CLEOPATRA.
¿Quién te pudiera matar!
Irene quiere atajar

En la orilla del mar cano
A Antonio; ¡ fuerte pasión!
¿Oh cielos, quién la matará!

¿Oh si esta flecha acertara
Al blanco del corazón!

(Dispara una flecha al vestuario.)
Mas la indignacion erró
De mi ira mal satisfecha,

A Irene tiré la flecha,
Y á Marco Antonio acertó.
¿Mayor pena, más dolor!

¿Que permitiesen los cielos
Que la tirase á los celos,
Y que diese en el amor?

En el suelo cayó herido,
Y Irene matarle quiere,
Y no le halla; si valiere

Esta leona el bramido,
Mas amorosa, más fiera
Le voy á resucitar,

Oh de arrojar me en el mar
Si le ha dado muerte.

Al entrarse sale MARCO ANTONIO, con la espada quebrada y herido con una flecha.

MARCOS ANTONIO.
Espera,

El Hanto y la pena deja,
Que tu dolor aconseja,